

## Acciones colectivas: estrategias para enfrentar la pobreza

Por Paola Bonavitta

Paola Bonavitta. CONICET- Centro de Investigaciones Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba.

En la Argentina reciente, los problemas sobre la pobreza, los llamados nuevos pobres y los llamados pobres estructurales, son temas de debates constantes. En general, crece el consenso sobre la necesidad de prestar atención al problema de la heterogeneidad estructural que conmueve a las economías afectadas por las crisis y las reformas de nueva generación, tanto por su importancia en relación con el empleo como respecto a la pobreza. Pero este importante reconocimiento está generalmente asociado a políticas que proponen combatir el desempleo a través reformas en el campo laboral, acompañando los avances en la desregulación con estrategias de capacitación y de empleo transitorio, incluyendo subsidios al autoempleo y la microempresa.

En esta línea se han desarrollado diferentes programas de asistencia focalizada, destinados a apoyar las actividades informales, con características similares en países muy diversos de la región. Este amplio acuerdo está avalado en el plano político por la adopción de estrategias a nivel gubernamental que cuentan con creciente aceptación e, incluso, activa participación de actores sociales, en particular empresarios, sindicatos e instituciones civiles. Esta aceptación se fundamenta en la evidencia de que aún en épocas de recesión o restricciones económicas las políticas de promoción del sector informal son factibles, rentables y que pueden contar con apoyo financiero internacional.

Sin embargo, ponemos constantemente en duda la efectividad de las políticas adoptadas y los recursos movilizados para tal fin. Estos, en muchos casos pueden ser formalmente correctos, pero resultan insuficientes, contraproducentes o de efectos restringidos al no responder a un proyecto integral de crecimiento y equidad distributiva. La causa de ello podría adjudicarse principalmente a un error conceptual y de diagnóstico sobre el carácter y alcance de los fenómenos de segmentación económica y marginalidad social en tanto expresiones de un subdesarrollo no sólo económico sino también político e intelectual.

### **Exclusión a flor de piel**

«Hoy es de buen tono denunciar la gran miseria del medio político (...) Los problemas de la exclusión y la seguridad ordenan las preocupaciones y alimentan las inquietudes», afirman Fitoussi y Rosanvallon (2003). No sabemos si es de buen tono o no, creemos que no es lo importante aquí juzgar si es una moda, un real interés o si es simplemente para estar a tono con la sociedad. El asunto aquí es la veracidad de la segunda parte de la premisa. Mucho se habla de la crisis política, de la crisis económica, de la crisis de legitimidad... pero ¿qué sucede con las crisis constantes, diarias, de los excluidos? ¿Qué sucede con aquellos que siempre están en crisis y que generan una crisis en los gobernantes que, mientras pueden ocultar cifras y estadísticas desgarradoras, no pueden hacer lo mismo con las imágenes y las huellas de la marginalidad?

Según Fitoussi y Rosanvallon (2003), los excluidos se definen por las fallas de su existencia y mediante rasgos negativos. Consideran que no constituyen una fuerza social a la que se pueda movilizar y que no tienen un interés común. Les adjudican, además, el conformar una «no clase»

y el constituir la sombra proyectada por los disfuncionamientos de la sociedad.

Algunos puntos de los señalados por los autores son sumamente discutibles. ¿Los excluidos no tienen intereses en común? ¿No pueden constituirse en una fuerza social? Quizás, desde los aparatos estatales no se los considere como tal, pero hay muestras de sobra que los excluidos – sobre todo en un escenario como el latinoamericano- se han podido movilizar. Eso no ha implicado abandonar su condición, ni que hayan dejado de ser «la falla del tejido social» (Fitoussi y Rosanvallon: 2003), sobre todo en los discursos neoliberales dominantes. Pero lo que aquí sostenemos es que los pobres, los aislados, los marginados han buscado diversas soluciones para poder comenzar un juego de luchas, de revoluciones intragrupalas para hacerse oír, para salir de su aislamiento. La intención es clara: enfrentar la ausencia del Estado. Los medios utilizados son diversos.

### **¿Qué ocurre, entonces, con las cuestiones sociales y económicas? ¿Qué papel juega el estado como interventor en estas áreas?**

La Argentina se ha visto enfrentada a una crisis profunda de su economía y del sistema social; creemos que el concepto de sector no estructurado, informal o economía social juega un papel fundamental para entender la nueva realidad social y pensar en sus alternativas. Pero la heterogeneidad misma que caracteriza a este orden tradicional o informal, alejado de los parámetros de la nueva modernidad, así como las diversas interpretaciones sobre las causas de tal rezago económico y socio-cultural, derivan en estrategias políticas diferentes y en competencia.

La dualidad formalidad-informalidad es heredera, al menos en América Latina, de los debates sobre el subdesarrollo y la marginalidad, lo cual introduce, el problema de la heterogeneidad estructural a nivel del sistema productivo y el mercado de trabajo. Es muy posible que estas categorías resulten en realidad insuficiente para captar en toda su complejidad las nuevas condiciones de precariedad y fragmentación social que han tenido lugar durante el último cuarto de siglo, aunque por otra parte parecen tener la virtud de reinstalar el problema del crecimiento desigual y la inequidad de oportunidades en el contexto de las crisis y reformas estructurales que tienen lugar en las sociedades nacionales bajo la economía globalizada.

Desde su aparición, a inicios de los años setenta, la informalidad y el problema de la heterogeneidad estructural del mercado laboral ha sido ampliamente abordado por los gobiernos, organismos internacionales y medios académicos; sin embargo, el uso de la noción de informalidad, para referir al segmento socioeconómico menos estructurado y dinámico de la estructura productiva, ha arrastrado generalmente significados muy variados.

Pero los problemas conceptuales y metodológicos que se plantean al abordar la medición de estas dimensiones concernientes al mercado de trabajo, cobran particular fuerza al encararse su redefinición en términos de los rasgos actuales de la estructura social del trabajo. En el actual contexto histórico no es posible un tratamiento clásico de las principales variables involucradas. La cuestión laboral convoca, no solamente a incorporar como objeto de medición nuevos atributos, sino también pone en cuestión los conceptos sujetos de medición durante el período anterior (Pok: 1996).

En este sentido, cabe introducir aquí la dualidad formalidad-informalidad como un rasgo producido y reproducido por la estructura económico-social a través de las respuestas dadas por los agentes económicos y las familias a las oportunidades de acumulación y/o supervivencia. En determinadas circunstancias, el excedente de fuerza de trabajo obliga a los actores sociales al desarrollo de actividades no estructuradas bajo las reglas del mercado formal, sean ellas de carácter mercantil, cuenta propia, marginal, extralegal e ilegal, etc., no necesariamente funcionales ni disfuncionales al desarrollo capitalista moderno.

## Precarización absoluta

Por otro lado, si bien son muchos y complejos los nuevos rasgos identificados que son reconocidos como de alta incidencia sobre la dinámica del mercado de trabajo y su perspectiva de abordaje, uno en particular surge como más relevante en el campo empírico y conceptual: la precarización de la inserción laboral (Monza, 1990; C. Pok, 1992; Marshall, 1994; Galin, 2000). Desde fines de los años setenta este concepto ha sido casi exclusivamente aplicado a los trabajadores en relación de dependencia. Se lo ha definido básicamente por el alejamiento de los principales rasgos del empleo típico (también regular, normal o protegido), para lo cual se consideran dos elementos básicos de la relación laboral: estabilidad en el empleo y cobertura social.

Enfrentados actualmente en la Argentina a una crisis profunda de la economía y del sistema social, creemos que el concepto de sector informalidad, sector no estructurado o economía social juega un papel fundamental para entender la nueva realidad emergente y para pensar en sus alternativas. Ahora bien, la heterogeneidad misma que caracteriza a este orden de lo marginal, alejado de los parámetros de la nueva modernidad, así como las diversas interpretaciones sobre las causas de tal rezago económico y socio-cultural, derivan en diferentes estrategias políticas en competencia.

Por otra parte, consideramos que la informalidad en la Argentina parece estar constituida con capacidades para cristalizarse y reproducirse por largo tiempo, y su vinculación con la precariedad laboral y la pobreza parecen tender a estrecharse, antes que licuarse sobre el conjunto de la estructura social. En el mismo sentido, cabe dudar del acierto de las políticas públicas que se proponen combatir el desempleo y el subempleo a través de políticas de capacitación y programas de empleo transitorio, incluyendo los subsidios al autoempleo y/o la microempresa.

Estas desilusiones obligan a repensar el futuro posible en términos de un patrón de crecimiento diferente a los dos últimos modelos puestos en vigencia en nuestro país, tal que el mismo recoja efectivamente las capacidades productivas, sociales y creadoras de la sociedad marginada en función de un programa de desarrollo integrado. En donde la economía formal y moderna asuma responsabilidades estratégicas sobre el conjunto del sistema productivo y social.

Fitoussi y Rosanvallon (2003) afirman que la distancia entre la sociedad y el sistema político es un hecho grave, pero que tal afirmación es una denuncia vaga. La cuestión, para los autores, es que la clase política comprende mal a la sociedad porque tienen distintas maneras de ver y distintas percepciones de la realidad circundante. Ahora bien, reconociendo que esta afirmación es verdadera, teniendo en cuenta que la clase política no pasa hambre, ni sufre desempleo, ni se siente excluida... decir que los políticos «comprenden mal la sociedad globalmente considerada», ¿no es quedarse también de brazos cruzados y esperar alguna improbable solución, o generar una denuncia falsa, o justificar que el sistema político no se haga responsable de los «márgenes de la sociedad»?

Si bien proponen un cambio en la acción, e inventar una «política de la experiencia» (Fitoussi y Rosanvallon: 2003) consideramos que no reflexionan lo suficiente sobre este cambio y se estancan en una crítica más sobre el sistema. Tanto la política como los medios masivos de comunicación, han perdido la representatividad de antaño. Allí donde la sociedad había depositado la confianza y les había otorgado el papel de representantes del pueblo, hoy hay un vacío sideral y confuso, puesto que las opciones a seguir son caminos repletos de obstáculos y de quiebres estructurales.

Sin embargo, es cierto que la política debe volver hacia el vínculo social: repensar los espacios y las posibilidades a partir de aquellos más golpeados por la historia y sus continuas crisis.

Acercarse, repensar, utilizar una mirada micro de la exclusión, implicaría un cambio en la acción y una apuesta a la empatía entre el Estado y la sociedad: retomar aquellas ventajas que

tenía el Estado Benefactor. Caso contrario, seguirá actuando la lógica descrita por Habermas: «No basta con que una política se imponga; debe, además, dar buen resultado. Un desmantelamiento decidido del compromiso del Estado social tiene que dejar tras de sí lagunas funcionales que sólo pueden rellenarse mediante la represión o el desamparo» (Habermas: 1988).

Los excluidos de la sociedad son parte de un Estado que no los representa, que está ausente en sus derechos de ciudadanos. Si bien el principio de igualdad política está incorporado en la ciudadanía y en los derechos de participación, son una especie de promesas vacías.

Siguiendo a Offe y Schmitter (1995), esta situación no implica la «promesa de igualdad económica, pero sí supone la posibilidad de realizar esfuerzos colectivos significativos para corregir los errores del mercado, garantizar un ingreso mínimo y la seguridad del individuo» (Offe y Schmitter: 1995). Si los Estados no cumplen estas condiciones, la igualdad ciudadana es inútil.

Y, efectivamente, no cumplen con estos principios. Por tanto, a los marginados no les queda otra opción que movilizarse hacia la búsqueda de esas respuestas que el Estado tiene la obligación de dar. Constituir acciones colectivas en pos de beneficios comunes, es la manera recurrente que encuentran los más desfavorecidos, quienes saben que, individualmente, no encontrarán solución alguna por parte de un Estado no representativo.

A partir de unirse y de generar capital social (Hymer: 1968, 1970; Bourdieu: 1988, 1999, 2000, 2001; Gutiérrez: 1994, 2004), los excluidos logran hacer frente a la marginalidad en la que están. Hablar de capital social no significa minimizar los esfuerzos que estos sujetos hacen para poder subsistir, sino todo lo contrario. Reconocer, en su lucha cotidiana, pequeños triunfos a partir de la generación de una herramienta como el capital social.

### **Acciones colectivas en sectores populares**

Las maneras en que los pobres pueden organizarse para satisfacer necesidades básicas y lograr sus objetivos en relación a la mejora de su calidad de vida son numerosas y al menos para el caso argentino incluyen desde organizaciones de tipo político como las organizaciones de piqueteros hasta las organizaciones de tipo cooperativista. Ambas clases de organizaciones han tenido una eclosión en los últimos años como resultado de los ajustes estructurales de la economía y el achicamiento del estado en la atención de derechos sociales ciudadanos.

En estos casos, la opción por la acción colectiva, permite a las personas en situaciones precarias de subsistencia crear redes y marcos de contención afectivos y socio-económicos, cobrar visibilidad social a través de las iniciativas generadas, y lograr el sostenimiento de la acción cooperativa, mediante prácticas comunicacionales, culturales y sociales.

Los excluidos se ven favorecidos por el asociacionismo, que les permite progresar en diversos órdenes de la vida y generar lazos sociales y nuevas sociabilidades, crear espacios y lugares. Asimismo, les permite acumular capital social, el cual aborda una amplia variedad de aspectos que van desde la confianza, reciprocidad e información, normas, reglas formales e informales, objetivos comunes y acción coordinada que proporcionen marcos colectivos de contención socio-afectiva, de inclusión desde donde construir identidades y desarrollar una subjetividad, hasta la cooperación en comunidad y el desarrollo de valores para generar colaboración (Coleman; 1991: 25; Burt; 2001).

Sin embargo, para que exista posibilidad de generar capital social debe haber organizaciones que desarrollen acciones colectivas, individuos enlazados por una identidad en común, compartiendo objetivos y colaborando para alcanzarlos (North: 1993). La capacidad relacional formará parte de los capitales humanos y posiblemente puedan desarrollar capital social a partir del asociacionismo y la cooperación.

Los valores sociales compartidos favorecen el sentido de pertenencia, fortalecen la identidad comunitaria y sustentan el mercado y el Estado como mecanismos de integración y ordenamiento

social. El nuevo modelo de crecimiento económico centrado en el empresario privado que actúa en el mercado, ha desacreditado al Estado, desvalorizado la esfera pública y se apoya en la acción dentro de determinados límites de la sociedad civil.

Participando de acciones colectivas, las personas de sectores populares ponen énfasis en la capacidad colectiva de los sujetos implicados en la acción colectiva y se abocan a encontrar soluciones, desde sus posibilidades y recursos, a las necesidades de la comunidad. Mediante la creación de redes de trabajo cooperativo y comunitario y la generación de vínculos y lazos sociales, pueden intentar salir adelante, cumplir sus objetivos y aumentar su capital humano y social. De esta manera, recrean estrategias para combatir la pobreza y la marginalidad. Ejemplo de estos casos son las organizaciones del tercer sector: cooperativas (de vivienda, de consumo, etc.), mutuales, asociaciones civiles, entre otras.

Mediante la cooperación y las redes intraorganizacionales, los sujetos agentes salen del ámbito privado y comienzan a actuar en el espacio público. Al formar parte de una acción colectiva por voluntad propia, estas personas trasladan su interés del ámbito privado a la esfera pública.

En nuestras sociedades latinoamericanas se oscila entre períodos de intensa preocupación por los problemas públicos y de concentración casi absoluta en las metas del mejoramiento individual y el bienestar privado. Por tanto, la participación en los asuntos públicos suele surgir cuando en la vida privada se generan insatisfacciones determinadas que incitan a la participación. El ciclo privado-público explica el comportamiento colectivo y tanto la participación como la decepción de los sujetos en los desplazamientos de los intereses privados a la acción pública y viceversa. Para seguir participando en los asuntos públicos los individuos deben tener confianza en el grupo. La confianza (Lomnitz: 1975) les posibilita a los vecinos contrarrestar la inestabilidad y la incertidumbre evitando las deserciones en masa. Porque, como en todo emprendimiento que se convierte en acción colectiva, se corre el riesgo de que haya desertores, es decir, personas que no quieran cooperar equitativamente con el resto, que sólo deseen acceder a los beneficios colectivos pero sin esfuerzo alguno o, simplemente, que se cansen del ritmo del trabajo cooperativo.

De esta forma, ciertos individuos se comportan como auténticos gorriones, se beneficiarán con un bien público sin sufrir sus costes, debido a que no es posible excluirlos del disfrute de tal bien. Tal es así que la conducta gorriona puede hacer fracasar a la acción colectiva si es masiva. Por eso es necesario el monitoreo, el cambio de preferencias, el incentivo y la comunicación para organizar y enmarcar la acción colectiva.

Siguiendo a Olson se puede comprender la participación social. El autor analizó la popular figura del gorrón, polizón o «free-rider» como aquel que disfruta de los beneficios de una acción colectiva sin participar en ella (Olson: 1965). Para ello considera determinante el tamaño de los grupos. Comprueba que el nivel de interacción de los grupos pequeños es mucho mayor que el de los grupos grandes, aunque sólo sea, en estos últimos, por la imposibilidad de establecer relaciones con todos los miembros del grupo a partir de un número considerable. En los grupos pequeños, al poner en marcha una acción, si uno no participa, rápidamente recibirá una respuesta por parte del resto de individuos. Sin embargo en el gran grupo, es fácil que un gorrón pase inadvertido ya que el esfuerzo que no aporta se reparte entre todos, representando una cantidad menor de trabajo adicional para cada individuo, cuanto mayor sea el grupo.

De esta forma, el polizón puede llegar a la invisibilidad social. Olson plantea que una solución para la motivación individual es el incentivo selectivo, o premio por pertenecer a un grupo. Como ejemplos tenemos el corporativismo, los sindicatos, los colegios profesionales, las redes sociales, las mafias, etc. (Olson: 1965).

La paradoja del *free rider* es que en un colectivo que comparte intereses siempre existe una fracción muy considerable de personas para las que el esfuerzo (el coste) de la acción a realizar para proteger esos intereses es superior a la esperanza matemática de obtener resultados significativos de esa acción (el beneficio). Es decir, que para una parte del colectivo el precio de

la acción colectiva es superior al beneficio individual que les puede reportar y, consiguientemente, puede suceder que la movilización no se produzca o sea mucho más reducida de lo que cabría esperar en función de las dimensiones del colectivo que posee una comunidad de intereses. La clave del razonamiento es que el beneficio esperado de la acción es público, general (lo reciben también quienes no se movilizan en defensa de sus intereses), mientras que los costes son siempre individuales, por lo que existirá una tentación muy fuerte de esperar que sean otros los que se movilicen y obtengan beneficios, si la acción tiene éxito, para todos (Olson, 1965). Se puede pensar incluso que cuanto mayor sea el colectivo que posee intereses comunes menos previsible será que actúe colectivamente en defensa de tales intereses.

La inexistencia de cooperación puede conducir a resultados aún más negativos que la pasividad de la mayoría. El mejor ejemplo es el tipo de situaciones que se describen en teoría de juegos con el llamado *dilema del prisionero*. Se tiene a dos personas acusadas de haber cometido un delito en tales condiciones que si las dos niegan haberlo cometido las dos quedarán en libertad; si las dos confiesan haberlo cometido tendrán una condena menor; y si una se declara inocente y acusa al otro de haberlo cometido, mientras éste se declara inocente, el delator quedará en libertad y el delatado recibirá la máxima condena. Ahora bien, si los dos se declaran inocentes y acusan a los otros, ambos reciben la máxima condena. Pues en esa situación se puede prever de antemano que los dos, en vez de declararse inocentes o confesar que ambos lo han cometido, optarán cada uno por acusar al otro y obtendrán consiguientemente el peor resultado individual y colectivo. Esta se da por inexistencia de confianza entre los dos sujetos (se da por descontado que no se pueden poner de acuerdo, que están aislados, etc.) y porque cada uno pensará que si no acusa al otro y afirma su inocencia el otro lo hará y el que saldrá perdiendo será él. Consiguientemente cada uno se siente obligado, para evitar que el otro le traicione, a apostar por la peor solución colectiva. Si pasamos al caso de un colectivo, efectivamente hay situaciones en las que, buscando todos los máximos beneficios, se impone la peor estrategia posible para el conjunto del colectivo.

### **Exclusión/Inclusión: Las violencias invisibles**

Si bien el dilema del prisionero es una de las variables que condicionan la deserción o la escasa cooperación de los sujetos en el marco de una acción colectiva, existen otras variables macroestructurales que determinan la ausencia de cooperación colectiva. En las últimas décadas, el sujeto posmoderno se enfrenta a un estado de anomia (Durkheim: 1967). Si bien se encuentran los «exitosos» del capitalismo y la sociedad globalizada –los menos-, también se hallan aquellos que viven en constante marginalidad, excluidos del mundo del trabajo, de los círculos afectivos y sociales. Son esos sujetos periféricos los grandes «perdedores» de la posmodernidad, los que ejercen la violencia hacia otros y hacia ellos mismos en respuesta a un mundo que nos los protege, no los enmarca y los obliga a situaciones de constante conflicto y soledad.

En tanto, Robert Castel asegura que hay una constante para todos los países occidentales –dominados por la mundialización– que termina en una consecuente violencia hacia el sujeto: en primer lugar, la degradación de las garantías del empleo. Anteriormente, la existencia de diferencias sociales no implicaba precarización alguna. Esas diferencias se podían regular mediante acuerdos, por ejemplo, la negociación colectiva. Ahora esas diferencias están desreguladas. Por otro lado, la precarización hace que la solidaridad y los acuerdos intergrupos sean más difíciles por la heterogeneidad de los mismos. Eso implica un individualismo negativo. Finalmente, se produce un nuevo descubrimiento para la sociedad: los inútiles-normales, esos sujetos que ya no son integrables (Castel: 1995).

Así, podemos afirmar que los sujetos posmodernos se enfrentan a una nueva y problemática situación de violencia: los sujetos normales pero incapacitados por ser excluidos del mercado. Son sujetos que no necesitan, de entrada, un tratamiento psicológico, ni un programa de rehabilitación o de reeducación. Sin embargo, son rechazados por un mercado que pretende la

exigencia, el individualismo. Así, el continuum entre los integrados y los excluidos está roto por efecto de la autonomización que ha tomado el mercado y que ha producido una ruptura con la tradición vigente.

En las sociedades actuales, el status, los roles y las organizaciones e instituciones se ha diversificado y se han hecho cada vez más complejos.

La Posmodernidad lleva a las personas a comportarse de manera autónoma y como si fueran artífices de su propio destino, lo cual ha debilitado los lazos sociales. Aún cuando las personas no tienen las capacidades para responsabilizarse de ellas mismas, las nuevas sociedades han aplicado un individualismo –impuesto desde las elites del poder-, el cual es un mecanismo más de las lógicas de exclusión.

Este individualismo negativo, impuesto, es una clara manifestación de la anomia por la que atraviesan las sociedades posmodernas. La exclusión del sujeto, la imposición de marcos individualistas donde el éxito se plantea como individual y donde la responsabilidad parte y termina en el mismo sujeto, es una fuerte forma de violencia simbólica sobre los más desprotegidos.

Hay un achicamiento de las formas de participación y representación, que le impiden al individuo insertarse socialmente y generar distintos capitales. Los grupos que existen son fluctuantes, plurales. No hay compromisos impuestos, el grado de compromiso social es el mismo que el sujeto desee establecer porque, en tiempos de la crisis del lazo social, solo existen participación voluntaria en los grupos sociales. La membresía, las reglas de agrupamiento han desaparecido.

Así, aumenta el aislamiento en sociedades masificadas y se cumplen los temores de Durkheim de una sociedad sin cohesión social. Para Castel existe un individualismo excluyente que socava las posibilidades del bienestar mínimo (Castel: 1995).

De esta manera, se pueden observar fuertes procesos de fragmentación que en los últimos años caracterizaron a nuestros países. Fragmentación que recorre todos los sectores sociales, tanto aquellos que se caracterizan por una fuerte concentración del ingreso (sectores cada vez más enriquecidos y a su vez minoritariamente representados), como los marcados por procesos de empobrecimiento y exclusión social que no pueden satisfacer necesidades básicas vinculadas a la alimentación, a la vivienda, al trabajo, a la salud y a la educación así como también los sectores medios, pivotes de esta crisis que continúan perdiendo las garantías y derechos de las que gozaban generaciones anteriores.

Se pueden hallar múltiples formas de violencia sobre el sujeto y las subjetividades en la «aldea global». Violencias invisibles, que no son tenidas en cuenta ni por los Estados ni por los medios de comunicación, encargados de difundir lo exitoso de las nuevas sociedades y de proliferar el consumismo aún en aquellos que desean aquello que no pueden conseguir.

Las salidas que se implementan ante este estado colectivo de anomia social provienen de organismos transnacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, que intentan paliar la exclusión mediante el incentivo de la búsqueda propia –mediante organizaciones y acciones colectivas- del capital social en los actores menos favorecidos.

Sin embargo, la exclusión sigue creciendo. La periferia social es cada vez más amplia y el grupo de los «individualistas positivos» continúa achicándose. Repensar estas situaciones diversas de violencia sería fructífero para hallar la forma de cohesionar a nuestras sociedades en una Posmodernidad que se presenta vacía de lazos sociales y en permanente estado de soledad.

El «borramiento» que en la posmodernidad se impone sobre la función mediadora de la familia, cuya especificidad es establecer los primeros lazos afectivos y moderar, a través del discurso que en ella se origina, la violencia que la cultura ejerce sobre el sujeto, produce efectos devastadores. La violencia reaparece en sus formas más crueles, como destrucción del otro y, sobre todo, como autodestrucción. El desamparo se manifiesta no solo en el aflojamiento de los lazos afectivos, sino, por sobre todo, en la absoluta inconsistencia del sujeto para afrontar un

modelo que se centra en los objetos y anonada el deseo.

Según Giddens, a partir de los años sesenta este componente se ha venido abajo, pues las sociedades se han vuelto más pluralistas culturalmente, dando como resultado una proliferación de diversos estilos de vida. El mismo autor propone un nuevo individualismo, llamado «institucionalizado» que se asocia a la búsqueda de nuevos medios de conseguir la solidaridad social, dado que actualmente «la cohesión social no puede garantizarse mediante la acción vertical del Estado ni mediante el apego a la tradición» (Giddens: 1993).

### **Espacio público, espacio de obstáculos**

Pero acercarse al ámbito público no es tarea sencilla. Implica, como dijimos anteriormente, confianza y, además, la creación de redes sociales (Adler Lomnitz: 1975; Bazán; 1995; Enríquez Rozas; 2000). Estas implican un proceso de construcción permanente, tanto individual como colectivo. Las redes se equiparan a un sistema: son sistemas abiertos, basados en un intercambio dinámico entre sus integrantes, que posibilita la potenciación de los recursos que se poseen y que se enriquecen con las múltiples relaciones entre los diferentes miembros que la componen. Las redes sociales, mediante lazos de intercambio y ayuda mutua, constituyen el conjunto de vínculos sociales que nos permite entretejer el nicho social desde el cual enfrentar las demandas cotidianas de nuestra existencia.

Asimismo, las trayectorias de la acción colectiva producen cambios en las relaciones sociales de los sectores populares participantes e introducen nuevos significados a sus vínculos políticos y reposicionan los aspectos instrumentales de la acción social.

Estas acciones, en tanto formas de participación en la vida social, se ponen de manifiesto y adquieren distintas modalidades según el tipo de intervención en la realidad social y, en tanto que son compartidas, son generadoras de nuevas conexiones, ideas y prácticas en el seno del espacio social de sus protagonistas. De este modo, se convierten en un acto colectivo transformador, que permite la modificación de las relaciones sociales en los sectores populares. La acción colectiva supone organizarse en pro de desafíos colectivos para alcanzar objetivos comunes, generar identidad, compartir valores, etcétera.

En tanto, al seno de las acciones colectivas, son fundamentales las prácticas sociales, culturales y comunicativas pues permiten unir subjetividades en pos de un objetivo común, además, logran generar un trabajo en conjunto, monitoreado para que no existan gorriones ni desertores en la acción colectiva, permitiendo generar redes y resignificar sus subjetividades, transformándolos en ciudadanos capaces de defender sus derechos. La unión grupal en torno a acciones colectivas les permite a los sujetos recuperar la producción de sentido. Desde sus escasos recursos han sabido implementar prácticas comunicativas de manera estratégica para poder no sólo formalizar y sostener al grupo sino también lograr sentirse dignos, ciudadanos sujetos de derecho.

Asimismo, pueden sentirse protagonistas de sus propios cambios: se hallan dignificados como personas. De esta manera, incrementan su autoestima, la confianza en ellos mismos y en el grupo, pues observan que pueden alterar el rumbo de sus vidas.

En las organizaciones del tercer sector del tipo cooperativista se reúnen personas que excluidas de toda red, con marcos referenciales estrechos o inexistentes y trabajar de manera cooperativa consigue cubrir las necesidades latentes e incrementar su capital humano. De esta manera, se resignifican las experiencias, las prácticas, y desarrollan un sentimiento de ayuda al prójimo, implícito en los valores cooperativistas.

El cooperativismo, como forma de vida, proporciona igualdad de oportunidades para todos los partícipes de la acción. Asimismo, la producción de sentidos compartido acerca del bienestar y de las posibilidades de cambio, permiten mejorar los términos de la acción colectiva y de la acumulación de capitales, entre ellos el capital social.

Las personas en situación de pobreza, a partir de las acciones colectivas, logran abandonar prejuicios y miradas desafiantes del entorno y generar acciones que les permiten reconstruir el tejido social dañado a través de la generación de confianza, pueden resistir y en el mejor de los casos enfrentar y revertir su situación de exclusión.

El conocimiento de estas formas y mecanismos a través de los cuales se generan y sostienen estas redes es un insumo importante para el diseño de políticas contra la pobreza que pretendan evitar los ya mencionados problemas de ineficacia y discriminación. Estas organizaciones, y la existencia de redes generadas desde el interior de las agrupaciones reunidas en torno a actos colectivos, les permiten a los sujetos en situación de exclusión y marginación acceder de manera más eficaz a bienes y servicios.

### **Bibliografía:**

- Aguiar, Fernando (Comp) (1991). *La lógica de la cooperación en intereses individuales y acción colectiva*. Editorial Pablo Iglesias. Madrid.
- Arenas, Ana (2002). «La pobreza y los estudios de género». CEPAL.
- Arfuch, Leonor (Compiladora) (2002). *Identidades, sujetos y subjetividades*. Editorial Prometeo Libros. Buenos Aires.
- Auyero, Javier (2003). *Contentious Lives. Two argentine women, two protest, and the quest for recognition*. USA: Duke University Press.
- Banco Mundial (2001) *Engendering Development*. Oxford University Press. New York.
- Barrancos, D. y Goren, N. (2002) en Forni, F. (comp.) *De la exclusión a la organización*. Ciccus. B. Aires.
- Berger, P. y Luckman, T. (1991). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu. Bs. As.
- Bianco, Gabriella (1994) *El extrañamiento del ser*. Torres Agüero Editor. Buenos Aires.
- Bonavitta y otros. (2006) «La comunicación y el sostenimiento de la acción colectiva en Cooperativa Canal de las Cascadas». Tesis Escuela Ciencias de la Información. UNC. Córdoba.
- Bourdieu, Pierre (1988) *La distinción*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean Claude (1995). *La reproducción*. México. Fontamara.
- Bourdieu, Pierre (1999). *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2000). «Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social». En: *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- (2001). *Las estructuras sociales de la economía*. Buenos Aires: Manantial.
- Burt, Ronald (2001) «Structural holes versus network closure as social capital» en Lin, Nan; Cook, Karen y Burt Ronald. *Social capital: theory and research*, Aldyne de Gruyter. Estados Unidos.
- Castel, Robert (1995) *La metamorfosis de la cuestión social*. Gallimard. París.
- CEPAL (2000). «Panorama social de América Latina». Santiago de Chile. Naciones Unidas.
- (2001) «Capital Social y reducción de la pobreza: en busca de un nuevo paradigma». Chile.
- (2004) «Lineamientos de acción para el diseño de programas de superación de la pobreza desde el enfoque del capital social». Guía conceptual y metodológica, Serie Manuales n° 36, Santiago de Chile.
- (2007) «Estadísticas para la equidad de género: magnitudes y tendencias en América Latina». Chile
- Coleman, J. (1990) *Foundations of Social Theory*. Cambridge: Harvard University Press.

- Durkheim, E. (1898). Représentations individuelles et représentations collectives. Revue de Métaphysique et de Morales.
- Durkheim, Emile (1967) De la división del trabajo social. Schapire Editor. Buenos Aires.
- (1973) *La educación moral*. Schapire Editor. Buenos Aires.
- (1974) *El suicidio*. UNAM. México.
- Durston, J. (1999) «Construyendo Capital social comunitario». Revista 69, CEPAL.
- Duschatzky, Silvia (compiladora) (2005). Tutelados y Asistidos. Paidós. Buenos Aires.
- Fitoussi, Jean y Rosanvallon, Pierre (2003). La nueva era de las desigualdades. Ed. Manantial. Buenos Aires.
- Giddens, Anthony (1993) *Consecuencias de la Modernidad*. Amortorrou. Buenos Aires.
- Gutiérrez, Alicia (1994) Pierre Bourdieu: las prácticas sociales. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.
- Gutiérrez, Alicia B. (2004) Pobre como siempre... Estrategias de reproducción social en la pobreza, Córdoba, Ferreyra Editor.
- Habermas, Jurgen (1988). La crisis del Estado de Bienestar y el agotamiento de las energías utópicas. Ed. Península. Madrid.
- Habermas, Jürgen (1989) *El discurso filosófico de la Modernidad*. Taurus. Madrid.
- Lomnitz, Larissa (1975). Cómo sobreviven los marginados. México, Siglo XXI.
- North, Douglass (1993) Instituciones, cambio institucional y desempeño económico. FCC. México.
- Nun, José (1969) «Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal», en Revista Mexicana de Sociología, vol 5, N° 2, México.
- Nun, José (1999), «Nueva visita a la teoría de la masa marginal», en Revista Desarrollo Económico, IDES, vol 39, N° 154, Buenos Aires.
- Offe, Claus y Schmitter, Philippe (1995). Las paradojas y los dilemas de la democracia liberal. Revista de Filosofía política. Universidad Autónoma Metropolitana. Madrid.
- OIT (2000), Informe sobre el Trabajo en el Mundo 2000. La Seguridad de los Ingresos y la Protección Social en un Mundo en Plena Transformación. Oficina Internacional del Trabajo. Ginebra.
- OIT (1972), Employment, incomes and equality. A strategy for increasing productive employment in Kenya, Ginebra, OIT.
- Pok, Cynthia (1992): «Precariedad laboral: Personificaciones sociales en la frontera de la estructura del empleo» INDEC, Argentina.
- Pok, Cynthia (1996): «El mercado de Trabajo: implícitos metodológicos de su medición» [trabajo n°123], ASET.
- Schuster, Federico. «Las protestas sociales y el estudio de la acción colectiva» en A.A.V.V. (Compiladores) (2005) Tomar la palabra: estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea. Editorial Prometeo. Buenos Aires.
- Sidicaro, Ricardo y Tenti Fanfani, E. (1998) La Argentina de los jóvenes. Entre la indiferencia y la indignación. UNICEF. Editorial Losada S.A. Buenos Aires.
- Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián (2004) Entre la ruta y el barrio. Bs. As. Biblos.
- Tarrow, Sydney (1997) Poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política. Alianza. Madrid.
- Valdamarca, Laura y otros (2006) «Redes y estrategias frente a la pobreza. Gran Córdoba 1990-2005». Revista Question Académica, Univ. Nac. De la Plata.